

había flores, ni se oía más que á potingues de botica.

Belén. — ¡Qué final tan prosaico! Yo que esperaba un cuento de hadas...

Fernanda. — No, el final no es ese; el final voy á revelártelo á ti, porque eres tñ.

—*Belén.* — Di, di.

Fernanda. — Sin que nadie lo supiera ni aun lo sospechara, yo he tenido un novio. Pero despierta ¿eh?, un novio de veras.

Belén. — ¿Cuándo picarilla?

Fernanda. — Hace muy poco. Ha durado lo que las rosas: el tiempo preciso para pincharme con las espinas.

Belén. — ¿Tan malo te ha salido?

Fernanda. — No sé...

Lo que puedo asegurarte es que ya no tengo fe en él. Como en la pesadilla que te he contado, creí en el cariño de mi novio con esa fe ciega con que creemos las mujeres la primera vez que nos hablan de amor; medio dormidas, medio despiertas, no acertamos á definir lo que es sueño y lo que es realidad; el primer amor nos cierra los ojos... Y á ojos cerrados creí algún tiempo. Pero se me ocurre pedirle una prueba, quise probar su corazón, no por desconfianza, sino por el afán de que nos repitan lo que ya sabemos... Nunca lo hubiera hecho; creía á ojos cerrados, y la prueba me hizo

abrir los ojos... Entonces puse fin á mi sueño, lo maté y lo enterré con toda tranquilidad. ¿Hice mal? ¿Hice bien? No lo sé. Pero sí te aseguro que es cruel lo que en amor nos hace abrir los ojos; ¡se está tan bien dormida y soñando á los diez y ocho años! ¡Qué empeño tan estúpido el nuestro de convertirnos de niñas en mujeres! ¡Triste es el despertar!



Belén. — Pero ¿qué piensas, chiquilla?

Fernanda (pensativa). — Que envidio á las mujeres que no ven, que no saben ver... Envidio ese cariño, verdadero y grande, que cierra los ojos á todo, y sucede lo que suceda, no hace en el mundo más que una cosa: querer.

J. ORTIZ DE PINEDO.

BANQUEROS
CIGARRILLOS
A 20 Y 30
EL MEJOR
DEL MUNDO
HABANO XXX

